

Arturo Andrés Roig y la metodología de la historia de las ideas en América Latina

Vilma Figueroa
Casas

El movimiento de historia de las ideas. Su esencia y rasgos fundamentales. Papel de Arturo Andrés Roig en el mismo

La historia de las ideas constituye una de las formas de hacer historiografía en América Latina. Resulta así una ciencia conflictiva dentro del quehacer teórico filosófico, pues ha sido una de las últimas en constituirse en el subcontinente; algunos autores la consideran aún como una ciencia de contornos no bien definidos.¹ Se habla del surgimiento de este movimiento en América Latina a partir de las décadas del 40 y 50 del siglo xx. Arturo Andrés Roig en su obra *Tres décadas de historia de las ideas en Argentina: reencuentro y balance*, aventura la tesis de la existencia en la Argentina de este tipo de estudio desde los años 50-60 del siglo xix, cita autores y obras en los que de manera incipiente era posible encontrar los gérmenes de la historia de las ideas; labor que sería continuada por otros autores hasta los años 20, 30 y 40 del siglo xx;² lo mismo sucede en otros países como Cuba, México, Ecuador, Perú, Colombia y Venezuela. Si algo ha quedado establecido es el hecho de que quienes marcan de manera innegable el movimiento en estos años 40 y 50, serán José Gaos en México y Francisco Romero en la Argentina. Según criterio de Carlos Paladines, un estudioso profundo de la filosofía latinoamericana, ellos constituyen los pioneros del movimiento historicista.³

En esta su primera etapa, el movimiento se encuentra influenciado por el historicismo de Ortega y Gasset, del cual José Gaos era partidario. A partir de la emigración de Gaos hacia México se funda la Escuela de las Ideas Filosóficas,

¹ Ver Carlos Paladines: «Filosofía e Historia de las Ideas en la década de los 70, el caso del Ecuador», *Cultura* (BCE) (República del Ecuador), (11), 1982.

² Resulta de interés consultar este panorama por países de la Evolución historiográfica desarrollada en estos años en la obra de Francisco Larroyo: *La filosofía Iberoamericana*, pp. 180-185, Porrúa, México, 1978.

³ Importante balance del alcance de este seminario fue realizado por Arturo Ardao en su obra «Dos décadas del pensamiento americanista» en *Filosofía de Lengua Española*, Editorial Alfa, Uruguay, 1963.

de ahí que estas primeras décadas del movimiento se caractericen por su circunstancialismo. En el sentido que le da Gaos al historicismo, el mismo significaba hacer historia de la filosofía, y para ello se debía hacer una historia circunstancial de la idea, lo cual implicaba que hacer historia era buscar la circunstancialidad en que se movía la misma. Gaos intenta conjugar la historia de las ideas y de la filosofía, no hacer historia de la filosofía, sino historia de las ideas a partir de la filosofía. A diferencia de Gaos, Francisco Romero considera ambas historias irreductibles, toda vez que la historia de la filosofía como un modo muy académico de entenderla, era un saber de las doctrinas y de los sistemas y la historia de las ideas simplemente estudiaba las proyecciones sociales de estos sistemas.

Estas posiciones respecto a la historia de las ideas responden en el plano personal de cada autor a su postura política. Gaos buscó en la historia de las ideas la conformación de lo nacional y lo continental a partir de una postura fuertemente hispanizante y latinoamericanizante, donde se rescatara para América Latina todo este tipo de pensamiento historicista, que respondiera a la búsqueda de lo propio, lo autóctono, lo nacional. Romero intenta imbricar la historia de las ideas a su visión *panamericanista*, con la búsqueda de una unidad continental, que en muchos casos lo colocaron en franca contradicción con las posiciones políticas de autonomía de las naciones hispanoamericanas, pues no comprendió el peligro del panamericanismo .

Desde los años 50 Leopoldo Zea es considerado uno de los principales pilares del Movimiento de historia de las ideas. Con su obra *el Positivismo en México* de 1943, se señala su inicio en la búsqueda de nuevos derroteros dentro de la historia de las ideas y la unificación del movimiento a nivel continental. Por ello propone en 1947 la creación dentro de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, una dependencia de la OEA, de un Comité de Historia de las Ideas. El comité presidido por Zea logra aunar a todos los investigadores del tema y alentar la formación de nuevos investigadores en este terreno; el movimiento comienza a alcanzar resonancia en países como México, Argentina, Venezuela, Colombia, Ecuador, Chile, Cuba, Uruguay y Perú, fundamentalmente.⁴

El movimiento de historia de las ideas alcanza su mayoría de edad a partir de 1956 con el desarrollo del Primer Seminario de Historia de las Ideas en América, celebrado en Puerto Rico, en el mismo se perfilan por vez primera las estrategias del movimiento. Entre ellas resulta loable señalar el hecho de que la historia de las ideas, realizada tanto por historiadores como por filósofos o letrados, debía apuntar tanto al pasado, como al presente y al futuro de América Latina y sobre todo, y este es un elemento muy importante del movimiento, la necesidad de la búsqueda de las raíces de lo nacional, de lo autóctono de América Latina.

⁴ Francisco Miró Quesada: *Proyecto y realización de la filosofía latinoamericana*, p. 140, FCE, México 1980.

A su vez son trazadas las pautas de trabajo dentro de las cuales resaltan por su validez: la necesidad del estudio del puesto de América en el occidente, el sentido histórico de occidente; la relación diferenciada entre América, Europa y Estados Unidos., el problema de las relaciones entre la filosofía latinoamericana, la filosofía sajona y la europea; los conflictos culturales, políticos y económicos entre América Latina y Estados Unidos, la conexión entre los procesos ideológicos y los procesos materiales de los pueblos latinoamericanos; la emancipación política, ideológica y económica; las similitudes y diferencias entre América Latina y los países de Asia y África que luchan por su liberación, entre otros.⁵

Justo es resaltar que las respuestas que comienza a dar el movimiento de historia de las ideas ante el estudio de la cultura latinoamericana en general se realizan dentro de la llamada política panamericanista de la OEA, la cual por aquellos años dictaba las relaciones entre América Latina y Estados Unidos. Sin embargo, ya se aprecia en estos autores la necesaria diferenciación entre América Latina y el resto del mundo, y sobre todo Estados Unidos; pero el movimiento de historia de las ideas no enarbola en su primera reunión de trabajo las banderas del panamericanismo, sino las del latinoamericanismo.

De ahí que el latinoamericanismo constituya una de las líneas de trabajo del movimiento de historia de las ideas dentro de la filosofía latinoamericana.

Desde sus orígenes en el siglo XIX, hasta su constitución en los años 40-50 del siglo XX, el movimiento se ha caracterizado por el circunstancialismo orteguiano. Sin embargo, la reunión convocada por Zea en San Juan rompe con el mismo y comienza a marchar por nuevas pautas en el quehacer teórico del subcontinente. Esta radicalización y ruptura no implica que no se manifiesten de manera velada elementos del anterior historicismo.

Miró Quesada en su libro *Proyecto y realización del filosofar latinoamericano*, reconoce a la historia de las ideas dentro de las líneas de pensamiento de la filosofía latinoamericana contemporánea y señala: «El Movimiento Histórico de las Ideas en América Latina, que toma cuerpo al fin de la II Guerra Mundial y que culmina en una filosofía de lo americano, es una de las manifestaciones más características y originales del pensamiento latinoamericano».⁶ Roig llega al movimiento justo al comenzar esta etapa de ruptura y radicalización teórica.

El movimiento de historia de las ideas, sin lugar a duda, es un movimiento teórico más amplio que la filosofía, pues en él a pesar de sus indefiniciones teórico-conceptuales van tomando cuerpo el estudio de temas como las ideologías, los proyectos sociales y culturales latinoamericanos y sobre todo la relación con la realidad en que se desenvuelven los mismos. Por ello su terreno

⁵ Ibídem.

⁶ Críticamente A.A.Roig asume semejantes posiciones en su ensayo «La Historia de las ideas cinco lustros después» en A.A. Roig: *Historia de las Ideas, teoría del discurso y pensamiento latinoamericano*, pp. 60-66, USTA, Colombia, 1993.

teórico abarca más allá de una simple visión filosófica. En él lo filosófico se imbrica con lo político, lo social, lo ideológico, lo histórico, etcétera. El movimiento ha permitido el desarrollo de la filosofía de la independencia o filosofía de lo americano y la filosofía de la liberación; por ello ha significado una apertura característica y original a la filosofía tercermundista en general y latinoamericana en específico.

En este sentido algunos autores consideran que la historia de las ideas permitió el surgimiento de una filosofía de lo americano, que no es otra cosa que una filosofía de un hombre concreto, entendida como una teoría antropológica, este movimiento ha llevado incluso a argumentar posiciones que apuntan que con él se ha producido un redescubrimiento de América, pues la «historia de las ideas tiene como meta última el conocimiento del propio ser latinoamericano. Por eso el movimiento empalma rápidamente con una filosofía de lo americano [...] la historia de las ideas, la filosofía de lo americano siguen una marcha paralela, en la cual cada una de las disciplinas refuerza a la otra. De esta manera se va acumulando un conocimiento sobre nuestra propia manera de ser que contribuye a la formación de una nueva conciencia histórica. Superando la vieja inseguridad, la angustia de sentir una incapacidad radical de crear, comenzamos a superar el complejo de inferioridad [...] y a apreciarnos nosotros mismos. Descubrimos valores que habíamos desvalorizados, intelectuales a los que nunca habíamos dado importancia, comprendemos que nuestra realidad [...] es llena de vigor, hermosa, deslumbrante. Conforme avanza el Movimiento de historia de las ideas y la filosofía de lo americano, vamos descubriendo un panorama que habíamos ignorado o que apenas sospechábamos, es como si se hubiera producido un redescubrimiento de América».⁷

Esta posición resulta demasiado optimista y sobrevalorativa, y por ello no es acertada. En su momento ella ha sido criticada incluso por autores que marcan líneas de trabajo dentro del Movimiento de historia de las ideas. No es posible, partiendo de las propias condiciones cambiantes dentro del contexto latinoamericano hablar de la posibilidad de realizar un sustancial vuelco a la filosofía de la historia de América Latina. Es necesario tener en cuenta el hecho de que la historia de las ideas parte de presupuestos teóricos del pensamiento burgués que en Europa han agotado desde hace años su repercusión y que resultan asimismo obsoletos para nuestra realidad. Dichos presupuestos han sido vinculados de una u otra forma con el marxismo, pero no han logrado funcionar con objetividad científica. La historia de las ideas no ha podido dar una respuesta convincente, como no la ha podido dar otro tipo de filosofía o de movimiento teórico a la realidad latinoamericana compleja y convulsa en su esencia.

⁷ Resulta imprescindible para la comprensión del significado de estos conceptos de la Filosofía Latinoamericana, la consulta de la obra de Pablo Guadarrama: *Valoraciones sobre el Pensamiento Filosófico Cubano y Latinoamericano*, Editora Política, La Habana, 1985.

Sí es posible coincidir con ella en el hecho de que la historia de las ideas se propone la búsqueda de lo americano, la ruptura con los moldes coloniales ideológicos; pero no es posible coincidir con la visión que se da del Movimiento de historia de las ideas como del Mesías que ha venido a explicitar la esencia de la compleja realidad latinoamericana. La heterogeneidad de pensadores, de sus fuentes teóricas, de posiciones ideológicas, políticas y hasta culturales de sus exponentes, de por sí hacen al movimiento heterogéneo, y por consiguiente su respuesta ante los desafíos de la realidad es ambigua, ambivalente y diversa.⁸

En 1977 se realiza el balance de la evolución de los estudios de la historia de las ideas y se concluye en que, a pesar de las diferencias internas, se mantiene la cohesión teórica respecto al objetivo fundamental: recopilar y analizar el pensamiento latinoamericano con una intención auténtica y original, que demuestre los puntos de contacto entre el pensamiento latinoamericano y las exigencias del desarrollo histórico del continente.⁹

Los años 80 definitivamente marcan dentro de los cultores del Movimiento de historia de las ideas el alejamiento de las posiciones del circunstancialismo, del nacionalismo metafísico irracionalista, y del academicismo de la filosofía derivadas del proceso de normalización de la filosofía latinoamericana.¹⁰

A partir de ese momento comienza la redefinición de su campo metodológico y epistemológico. En esta dirección se incorporan los aportes derivados del desarrollo de la lingüística, la semiótica, la teoría de la comunica-

⁸ Se entiende por normalización dentro de la filosofía latinoamericana el proceso al cual dio nombre Francisco Romero, y que consiste en un trabajo metódico y riguroso, que se realiza teniendo como base una información directa y sincrónica respecto de la producción filosófica de los países europeos, que en América en la década del 40 del siglo xx se extendió al desarrollo de la problemática de la autenticidad como eje central y de obligada discusión. Este proceso fue propugnado por autores como José Vasconcelos, Alejandro Korn, Carlos Vaz Ferreira, Alejandro Deustua, José Ingenieros y Enrique José Varona. La absolutización de este proceso convirtió a la Historia de las Ideas en una exposición de doctrinas, en un rastreo de influencias estériles y de otro lado permitió la consolidación del movimiento historiográfico con la creación de instituciones que actualmente promueven y sustentan este movimiento, entre ellas, justo es citar, el CEL de la Universidad de Buenos Aires, el Colegio de México, El Instituto de Filosofía de la Universidad de Sao Paulo, el CEL de Caracas, el CEL de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

⁹ La obra de Roig en su conjunto está encaminada a este objetivo. Sus análisis de pensadores clásicos de la realidad latinoamericana los realiza buscando en ellos su proyección hacia el futuro, lo cual en ocasiones fuerza la objetividad de lo planteado. El epígrafe del capítulo II del presente trabajo es una muestra de ello, así como las conclusiones del mismo.

¹⁰ En este sentido autores como Zea, Roig, Dussel, y movimientos como el de Historia de las Ideas del Ecuador, han estado vinculados a la Filosofía de la Liberación o al Movimiento de historia de las ideas, al respecto Roig se ha referido al problema de esta estrecha relación en trabajos como: *La Historia de las Ideas y sus motivaciones fundamentales*, de 1983; *De la Historia de las Ideas a la Filosofía de la liberación*, de 1977, *La Historia de las Ideas cinco lustros después*, de 1984; *Tres décadas de Historia de las Ideas en Argentina: recuento, y balance*, de 1989. Así mismo puede remitirse al texto *Humanismo y alienación en la Filosofía de la Liberación Latinoamericana* de Pablo Guadarrama y colectivo de autores, Edit. El Búho, Colombia, 1994.

ción y la teoría del texto; y sobre todo se mantienen las influencias dadas a partir de los años 60 de otros campos que como la «teoría de la dependencia» y la historia económica, amplían el objeto de estudio de la historia de las ideas, todas ellas vestidas de un ropaje donde se incluyen elementos de la metodología y las categorías del marxismo.

El campo de accionar dentro del cual se desenvuelve la historia de las ideas está permeado por uno de los problemas considerado capital por el número considerable de sus cultores y defensores, se trata del «problema de la Ideología» y de las formas alusivas y elusivas del discurso. Ambos problemas han permitido a partir de esta década de los 80 comenzar el estudio de las ideas tomando como base el vínculo entre ellas y la ideología de quienes la sustentan, a su vez se ha vinculado lo ideológico con el texto y contexto en el cual se expresa, pretendiéndose lograr un reflejo real de la intención ideológica que expresa cada texto; lo cual le permite al autor utilizar ideas del pasado en su proyección futura.¹¹

El correlato ideología–formas del discurso ha trastocado la relación entre la historia de las ideas y la historia de la filosofía tradicional, en el sentido de que si en un inicio la historia de la filosofía dictó las normas y pautas a la historia de las ideas, ahora ocurre lo inverso pues esta última se ha apertrechado metodológicamente de instrumentos que le permiten enfrentar su quehacer teórico. Por ello resulta en extremo complicado lograr a plenitud establecer la relación entre ambas y sobre todo lograr una convincente definición teórica que de manera abarcadora defina el objeto de estudio y la esencia de la historia de las ideas. Este es un campo aun no explotado suficientemente ni por sus cultores, ni por sus estudiosos. A pesar de ello lo que sí quedó explícitamente planteado a partir de estos años es el hecho de que a través de la historia de las ideas se busca—como lo hacen otras vertientes filosóficas tales como la Filosofía de la Liberación, con la cual este movimiento ha estado estrechamente relacionado desde los años 70—¹² la liberación del hombre, llámese hombre concreto; o nuestro hombre o sencillamente hombre americano.

Principales pautas teórico-metodológicas trazadas por Arturo Andrés Roig dentro del movimiento de historia de las ideas en América Latina

Arturo Andrés Roig, quien desde los años 60 se adscribe al movimiento de historia de las ideas bajo el impulso de autores como Leopoldo Zea, Francisco Miró Quesada, Coliorano Alberini y Francisco Romero, constituye sin dudas en los años 90 uno de los máximos exponentes de esta vertiente y sobre todo nadie como él se ha dedicado durante cerca de 30 años a sistematizar teórica y metodológicamente la esencia de dicho movimiento. Su vínculo con el mismo se debe a su temprana inclinación por los estudios sociales y su preocu-

¹¹ Véase al respecto A.A.Roig: *Historia de las Ideas, teoría del Discurso y Pensamiento Latinoamericano*, Ob. cit., pp. 16–22.

¹² *Ibidem*, p. 23.

pación por los problemas de América Latina y su historia. Dentro del movimiento de historia de las ideas su labor teórico-filosófica puede aventurarse que se ha centrado en tres vertientes fundamentales, a partir de las cuales ha desarrollado su labor y ha propiciado el desarrollo mismo del movimiento:

1. La sistematización del concepto, el origen y la esencia de la historia de las ideas en América Latina.
2. El despliegue del enfoque metodológico necesario para enfrentar desde una óptica científico-teórica adecuada las investigaciones en el campo de la historia de las ideas.
3. El desarrollo y profundización de todo un sistema categorial clave para comprender desde la óptica de la Historia de las Ideas a los distintos movimientos, grupos sociales y personalidades de la cultura latinoamericana pasada, presente y futura.

Sistematización del concepto, el origen y la esencia de la historia de las ideas en Arturo Andrés Roig

Por haberse dedicado a divulgar y a dar a conocer de manera sistemática la esencia, el origen y la historia del movimiento de historia de las ideas, resulta de vital importancia la consulta de sus obras, como vía posible de penetrar la génesis del movimiento de historia de las ideas.

Su primera obra sobre el tema: *La importancia de historia de las ideas para América Latina*, data de 1976, con posterioridad aparece en 1977 *De la historia de las ideas a la filosofía de la liberación*; en 1982 *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*; en 1983 *La historia de las ideas y sus motivaciones fundamentales*; en 1984 *La historia de las ideas cinco lustros después*, en 1989, *La historia de las ideas y la historia de su cultura y Tres décadas de historia de las ideas en Argentina: recuento y balance*, y en 1993 *La historia de las ideas y la filosofía latinoamericana*.

Todas tienen en común el dar a conocer sus criterios e ideas acerca de la esencia y rasgos del movimiento de historia de las ideas y con ello intenta sistematizar orgánicamente un movimiento heterogéneo y complejo como este. Así, al llevar a cabo el intento de sistematizar el concepto mismo de historia de las ideas en su obra *La Historia de las ideas y sus motivaciones fundamentales*, esboza la relación de la historia de las ideas con otras ciencias, al señalar que si bien ella nació signada por la filosofía, en nuestros días se ha tenido que vincular a ciencias como las económicas, las ciencias políticas y sobre todo con la ideología y el discurso.¹³

¹³ Recuérdese cómo Salazar Bondy reniega de la existencia de un pensar genuino y auténtico en América Latina y sin embargo ello sirvió de acicate a autores como Roig y Zea para demostrar la invalidez de semejante idea; a la vez Salazar Bondy contradictoriamente ha desarrollado en su obra *La historia de las ideas*. Consúltese para la profundización de este aspecto, la polémica generada por Salazar Bondy con su obra *¿Existe una filosofía de nuestra América?*, Edit. Siglo XXI, México, 1968; Leopoldo Zea: *La filosofía latinoamericana como filosofía sin más*, Edit Siglo XXI, México, 1968 y también su serie: *Filosofía de la historia*

Con mayor profundización se aborda el mismo tema en: *De la historia de las ideas a la filosofía de la liberación* y *La historia de las ideas cinco lustros después*, donde a pesar de la existencia de ideas que se reiteran, el autor va elaborando de forma clara y precisa los conceptos necesarios para comprender el tema propuesto. En este sentido reconoce que «no resulta fácil una definición o por lo menos una caracterización de la historia de las ideas, a pesar de que ha sido y es cultivada con insistencia, como también que ha generado a partir de ella formas de saber que de alguna manera se encontraban implícitas en su propia temática».¹⁴

No logra salir, en su definición, de la ambigüedad característica de los pensadores actuales latinoamericanos que se ven imposibilitados, a partir del instrumental teórico con que cuentan, de dar una aproximada definición del concepto objeto de estudio. Según su criterio deja sentada la idea de que la historia de las ideas cumple una función dentro del pensamiento latinoamericano, que es sobre todo el desarrollo de una filosofía de la americanidad o una filosofía de la historia de América. Argumenta que ella ha adoptado diversos matices y nombres; tal es el caso de Zea, quien desarrolla la filosofía de la americanidad; o Joao Cruz Costa con su filosofía de la cultura; o la filosofía política de Abelardo Villegas; o la filosofía del discurso de Francisco Miró Quesada. Con ello abre el diapasón a una posible definición exacta de la misma, pues al abarcar tantas diversas maneras de hacer filosofía no es loable encasillar al movimiento en un concepto unívoco. Lo que sí es posible inferir de ello es el hecho de que la historia de las ideas se imbrica con la filosofía y pretende la consolidación de la filosofía latinoamericana a partir del estudio de las raíces autóctonas, manifestadas en variados temas; de ahí los diversos nombres que asume en cada autor.

Roig resalta a su vez que la historia de las ideas está referida al estudio de la búsqueda de los antecedentes del pensamiento filosófico y social, de ahí el cuestionamiento epistemológico de los alcances de la misma. Cosa que no ocurre en la historia, pues simplemente se hace historia, pero no se busca el fundamento esencial de la ciencia. Ello hace de la historia de las ideas una ciencia con una concepción filosófica epistemológica rica en contenido a diferencia de la historia.

Muy características resultan las polémicas de Salazar Bondy, Zea, Miró Quesada y el propio Roig en la búsqueda de la esencia epistemológica de la ciencia, las cuales han contribuido de manera innegable al desarrollo del *corpus*

americana (1978); *De la Historia de las Ideas a la Filosofía de la Historia* (1974), etcétera. y Francisco Miró Quesada: *Proyecto y realización de la filosofía latinoamericana* (1981).

¹⁴ A partir del desarrollo de la Historia de las Ideas en América Latina ha comenzado todo un proceso de desarrollo de estadística en países como Francia y Estados Unidos. El propio Roig resalta a autores que como el francés Roger Chartier han desarrollado toda una teoría aplicada a las condiciones concretas de Francia. Véase A.A. Roig: *la Historia de las Ideas y la Filosofía Latinoamericana en Historia de las Ideas, teoría del discurso y pensamiento latinoamericano*, ob. cit, pp. 175–193.

teórico de esta. Ellas han condicionado el enriquecimiento de la teoría acerca de la historia de las ideas y le han dado un carácter universal.¹⁵

Muy vinculado a ello se encuentra el sentido autocrítico que ha tenido la historia de las ideas, y a Roig le corresponde un lugar importante en el señalamiento crítico del movimiento desde sus orígenes hasta el presente. Así, al historiar la labor del movimiento ha podido problematizar sus objetivos y su metodología. Independientemente de las limitaciones que pueden poseer las indefiniciones teóricas del concepto propio de la ciencia y de sus objetivos, es incuestionable que el espíritu crítico-constructivo en pos de su perfeccionamiento no ha faltado al movimiento desde sus orígenes, en la medida en que como historiografía crítica de una realidad específica, en un continente específico, «es una de las formas historiográficas más fecundas que haya conocido el subcontinente en los últimos decenios».¹⁶

Roig coincide con algunos autores¹⁷ en señalar el hecho de que la historia de las ideas en América Latina ha dirigido su atención no a delimitar escuelas, sino actitudes. De ahí que haya encaminado su línea matriz hacia determinadas preocupaciones, que sí son comunes, y a partir de los cuales se ha nucleado; tal es el caso de la búsqueda de su misión y papel en el ámbito latinoamericano.

El autor en consecuencia asevera que «es misión de la historia de las ideas precisamente, la de construir ese ya largo y a veces difuso proceso, en el que con suerte diversa se fue dando respuesta a la cuestión de la filosofía y vida entendida esta [...] como la vida de nuestros pueblos. Lo dicho hace que se sientan incorporados dentro de lo que los filósofos denominan expresamente como “filosofía americana” o “filosofía latinoamericana”, intelectuales provenientes de diversas líneas de pensamiento entre las que cabe mencionar el historicismo, el neokantismo, las diversas formas de filosofía de la praxis; entre ellas el marxismo y la teoría crítica, la fenomenología, la hermenéutica y en fin la filosofía analítica.»¹⁸

De ello deriva en algunos de sus trabajos el fenómeno de la politización de la filosofía latinoamericana en general y de la historia de las ideas en particular, y reconoce que este hecho se da por la influencia ejercida por el marxismo dentro de los estudiosos latinoamericanos, influencia que es ejercida tanto por la asimilación de sus posiciones teóricas o metodológicas –sin intención de ofrecer al marxismo soluciones alternativas–; como para de manera oculta o manifiesta ofrecer posiciones superadoras; de ahí que en los últimos decenios la filosofía y la historiografía latinoamericanas se han venido presentando como

¹⁵ *Ibidem*, A. Herrera. p. 175, véase J. Pinedo, ob. cit., p. 187.

¹⁶ Consúltese al respecto el ensayo de Enrique Ubieta: «Ser o no Ser: apuntes para la Historia de las Ideas» en *Actas del I Congreso Internacional de Filosofía*, pp. 240–253, UAC, Juárez, México, 1990.

¹⁷ A.A. Roig: *El pensamiento latinoamericano y su aventura* (II), p. 129, Centro Editor de América Latina, Argentina.

¹⁸ *Ibidem*, p. 130.

una herramienta de lucha, en la que lo teórico no es enfrentado como un simple juego de lenguaje, sino que ante todo se ha organizado en función de un programa investigativo que afirme la necesaria existencia de determinados grupos humanos desde las posturas del marxismo.

Por ello, a diferencia de la historiografía europea o norteamericana, a la historiografía latinoamericana no le interesan las ideas por las ideas, sino su naturaleza y función social; consecuentemente aplica en estas valoraciones las tesis de Marx sobre Feuerbach a las cuales incluso hace referencia explícita.¹⁹

La historia de las ideas latinoamericana subsumirá en su contenido, de acuerdo con lo planteado, el problema de lo nacional, el cual puede ser cualificado desde los primeros maestros hasta hoy. Él mismo se expresa a partir de que se parte del Hegel invertido, o sea, no que la filosofía necesite a un pueblo, sino que es el pueblo quien reclama para sí una filosofía.

Y el pueblo no debe ser entendido con ambigüedad, como se ha hecho con la filosofía de la liberación al hablar del otro, del oprimido, sino que el pueblo debe ser entendido sin eludir a las clases sociales, a las etnias, a las mujeres, a los jóvenes. Aquí Roig, siguiendo la metodología marxista, amplía la necesidad del vínculo de la teoría con las clases sociales y grupos específicos de la sociedad. La forma de lograr el vínculo no es posible aun plantearla en el plano de la práctica, pero el hecho de que se defina la relación entre teoría y clases sociales coadyuvan a precisar la radicalización del pensamiento del autor en lo referente a la relación teoría-práctica, al menos en el plano teórico-político.

La presunción del sentido sobre el significado, con lo cual está plenamente en concordancia Roig, e incluso es uno de sus promotores; es una idea tomada del propio actuar en nuestra historia de los grandes próceres de la independencia, en los cuales desde Bolívar hasta Mariátegui, primó siempre más la actitud de denuncia que de justificación. Por ello la historia de las ideas no intenta justificar mediante un sistema coherentemente explicitado a través de ciertas categorías su esencia o razón de ser, sino que ella ante todo intenta buscar afanosamente sus huellas, «en ese pasado ya frondoso que vivimos en nuestras tierras, se trata como lo hemos dicho en otras partes, de una filosofía de “comienzos” y “recomienzos”.»²⁰

Los conceptos de «comienzos» y «recomienzos» de forma dialéctica responden en su teoría a la búsqueda, a través de la historia de las ideas de los orígenes del pensamiento latinoamericano, de ahí que el comienzo sea de forma local, regional o continental, correspondan al pasado, al presente o al futuro, mientras que el recomienzo está relacionado con la renovación constante de las categorías, las influencias y los modelos metodológicos para enfrentar desde la historia de las ideas los comienzos de nuestra historia.

Roig coloca a la historia de las ideas a partir de los conceptos de «comienzos y recomienzos» como un sistema abierto, que si bien aún carece de un

¹⁹ Ibidem, p. 132.

²⁰ Ibidem, p. 136.

contorno preciso en cuanto a su definición teórico-conceptual, no lo carece en cuanto a su contenido categorial y su orientación metodológica al brindar no solo la posibilidad de renovarse metodológica y categorialmente; sino al tener orientado su quehacer teórico hacia el estudio de lo latinoamericano en el amplio sentido de la palabra, partiendo siempre de nuevas categorías o de categorías ya existentes pero llenadas con nuevos contenidos históricos provenientes de una rica historia. El «comienzo y el recomienzo» de la historia de las ideas presenta la dialéctica de la historia en su movimiento del pasado hacia el futuro.

Por tanto la asistematicidad conceptual que caracteriza al movimiento contradictoriamente le permite abrirse al mundo de la cultura latinoamericana pasada, presente y futura de forma crítica, y así la historia de las ideas se convierte en la herramienta imprescindible que acompañe a la filosofía latinoamericana, la que alcanza su «criticidad precisamente a partir de esta particular historiografía, la cual le es consustancial.»²¹

Roig intenta rescatar y resaltar a partir de este sentido de la criticidad de la historia de las ideas y la filosofía latinoamericana conceptos claves que se han ido perdiendo o que han sido borrados intencionalmente de la memoria colectiva del pueblo latinoamericano, como es el caso del antimperialismo y la real situación de dependencia económica, política, social y cultural, y aboga porque la historia de las ideas en el momento actual se ocupe de mantener al subcontinente como un ente íntegro dentro de la llamada humanidad planetaria próxima del siglo XXI; para ello debe buscarse la universalidad de expresión de la historia de las ideas, a partir del enfrentamiento de nuevos problemas, pero debe saber que ellos ya se encontraban de una u otra forma implícitos en el pasado «pues la eticidad solo podrá reforzar y revitalizar a partir de la universalidad [...] en la medida que si bien las circunstancias son nuevas, las respuestas se encuentran todas ellas implícitas en nuestra propia historia.»²²

Aparece en el autor la clásica concepción del historicismo, donde la historia es una repetición bajo nuevas condiciones de lo ya pasado. Es por ello que el autor insiste tanto en la búsqueda del futuro en y a través del pasado, ya que la orientación subjetivista de la historia lo lleva a considerar que las ideas contenidas en el pasado pueden ser rescatadas arbitrariamente y traídas hacia el futuro.

Por otro lado, esta búsqueda en el pasado es muy importante en el sentido de que sin el pasado no nos es posible comprender quiénes somos y hacia dónde vamos. La ambigüedad del sentido criticista que Roig busca en la historia de las ideas es característica de un movimiento que, como el mencionado, se nutre de fuentes teóricas variadas y toma de ella lo que más le interese a sus objetivos

El discurso de la historia de las ideas es un discurso progresista, optimista y futurista; pero las bases de ese discurso al estar en lo fundamental

²¹ *Ibidem.*

²² *Ibidem*, p. 137.

asentadas en el idealismo y el subjetivismo, socavan su intención política de ser un movimiento revulsivo y vanguardista dentro del pensamiento teórico del subcontinente.

Así debe reconocer críticamente, a raíz de este llamado urgente, que a América Latina nunca le han faltado los grandes maestros que han sabido avizorar el futuro, tal es el caso de Martí, Bolívar y Simón Rodríguez, entre otros; pero sí carece de una doctrina posible que los asuma desde el tiempo presente.²³ Este problema no sólo concierne a la historia de las ideas, sino que el mismo concierne a todas las ciencias sociales de América Latina, como única vía de mantener la integridad del mismo. Por ello el crítico llamado de Roig es valadero para todo el pensamiento teórico latinoamericano.

El segundo aporte de Roig al movimiento de historia de las ideas, referido a la búsqueda de una metodología adecuada para el estudio científico de las ideas, puede ser constatado en sus obras: *La historia de las ideas cinco lustros después*; *Tres décadas de historia de las ideas en Argentina, recuento y balance*; *La teoría del discurso y la investigación de lo ideológico*; *Prólogo de narrativa y cotidianidad: la obra de Vladimir Propp a la luz de un cuento ecuatoriano*; *La radical historicidad de todo discurso*; *Apuntes para una clase o algunas propuestas metodológicas para la historia de las ideas*; *Anotaciones para una simbólica latinoamericana*; *La concepción de la historia en el desarrollo de nuestro pensamiento: respuesta a los postmodernos desde América Latina*; *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano* y *La importancia de la historia de las ideas para América Latina*.

Estas propuestas metodológicas están dadas a partir de la evolución de las ideas del autor y abarcan en una primera etapa a la historia de las ideas en específico, y en una segunda etapa a lo que el propio Roig ha denominado su giro lingüístico, que no es más que incorporar a la metodología de la historia de las ideas la metodología del discurso. La experiencia del autor en el estudio de las ideas en América Latina le permitió constatar la necesidad de vincular las mismas al lenguaje y al discurso donde era expresado el lenguaje. De ahí que también al discurso dedique parte de su labor metodológica sobre todo en los años 80.

La primera etapa en sus aportes metodológicos, está signada por su entrada al movimiento de historia de las ideas y la comprensión de la necesidad de contar con un asidero metodológico capaz de orientar al investigador dentro del complejo material objeto de estudio. Las aportaciones metodológicas fueron expuestas por vez primera en 1974 en el IX Congreso Interamericano de Filosofía, bajo los auspicios de la UNESCO; las mismas fueron reconfirmadas en 1982 en ocasión del Seminario de Historia de las Ideas celebrado en Quito, Ecuador. En lo fundamental ellas abarcan los siguientes aspectos:

²³ Recomendaciones metodológicas tomadas de A. A. Roig: *La Historia de las Ideas cinco lustros después*, ob. cit., nota 11, p. 61.

1. Partir de una concepción de la idea entendida como un elemento significativo que integra una estructura más amplia, con todas las connotaciones de este último término (económicas, políticas, etcétera), dando cabida, además, a las ideas en sus diversas manifestaciones: filosofemas, vivencias, ideologías, concepciones del mundo, entre otros.
2. Aplicar un tratamiento dialéctico a la Historia de las ideas, subrayando principalmente dos aspectos de conveniencia de encararla desde nuestro presente y la necesidad de señalar a la vez los condicionamientos sociales y el poder transformador de la idea.
3. No abordar la historia de las ideas como historia académica, abriéndose a la incorporación de las ideologías y en particular de los grandes movimientos de liberación e integración latinoamericanos, frente a las ideologías de dominación.
4. Encarar la historia de las ideas, no a partir de campos epistemológicos (filosofía, pedagogía, etcétera), sino de problemas concretos latinoamericanos y las respuestas dadas a cada uno de ellos desde aquellos campos.
5. Tratar todo desarrollo de historia de las ideas latinoamericanas a partir del supuesto de la unidad del proceso histórico de Latinoamérica.
6. Ir más allá de una historia de las ideas de tipo nacional y avanzar hacia uno más amplio de regiones continentales, sin olvidar el supuesto antes señalado.
7. Plantear en lo posible la función de las influencias en relación con los procesos históricos propios.
8. Dar preferencia a la historia de las ideas entendida como historia de la conciencia social latinoamericana.²⁴

Las motivaciones que impulsan al autor a plantear dicha metodología se deben «al desfundamiento de ese “logos” que era objeto de la Historia de la Filosofía, al lado de esa hermana menor que se ocupaba de las “ideas” en la medida en que se las apropiaba el vulgo. Para todos aquellos que aún viven el mito del espíritu, en cuyo nombre se ha llegado hasta la tortura o la muerte y para los que en las academias aún siguen hipostasiando la palabra de un “logos mítico”, indudablemente que la historia de las ideas se convierte en un saber revulsivo y peligroso».²⁵

El *logos* debe ser explicitado como logos revulsivo, y para ello necesita contar con un arsenal metodológico sin el cual no puede estudiarse a sí mismo y enfrentar a su vez a los viejos sustentadores del logos mítico. La metodología está dirigida en dos sentidos básicos: fundamentar a la propia historia de las ideas y propiciar un basamento metodológico que le permita enfrentar su campo de estudio, bastante amplio de por sí según los principios mencionados por el autor, y enfrentar los críticos que intentan destruir la historia de las ideas y la filosofía latinoamericana en general.

²⁴ A. A. Roig: «Tres décadas de Historia de las Ideas en Argentina: Recuento y Balance», en *ob. cit.*, p.159.

²⁵ -----: *La historia de las ideas cinco lustros después*, *ob. cit.*, pp. 61, 62, 63.

Roig pretende metodológicamente instrumentar a esta ciencia de categorías universales, a partir de las cuales puede enfrentar su objeto de estudio y sus críticos. La metodología alcanza validez universal ya que la misma le permite enfrentar, dada su amplitud y las posibilidades de movimiento dentro del campo de la teoría que ofrece y desarrollar teóricamente cualquier pensamiento pasado, presente y futuro, subversivo o revolucionario. La universalidad de esta metodología ha sido valorada positivamente por la mayoría de los autores latinoamericanos, así como por determinados latinoamericanistas.

Así la historia de las ideas intenta metodológicamente desde los años 70, ampliar su horizonte crítico en el sentido de que sus postulados pueden dar respuesta a los cambios profundos del pensamiento latinoamericano y también del pensamiento universal que en gran medida afecten los intereses de América Latina.

Un elemento de importancia en las propuestas del autor es el hecho de que la historia de las ideas a partir de sus propuestas metodológicas está encaminada a reforzar el eje central del cual se va nutriendo; que no es otro que el problema de lo ideológico y de las ideologías. Condicionado ello por el giro del pensamiento latinoamericano a partir del reconocimiento de la crisis de la filosofía europea y sobre todo a la crisis del sujeto, de la conciencia y del concepto, con la pérdida de estos tres campos capitales dentro del pensamiento teórico filosófico desaparece a su juicio el tradicional logos filosófico europeo establecido desde los clásicos griegos. La ideología viene en América Latina a solucionar esa crisis europea del *logos*, por ello: «La noción de ideología abre las puertas para una nueva comprensión de la conciencia como “conciencia mistificada” o “falsa conciencia” [apuntará Roig] para esto no podía menos que reconocer la importancia de las fuentes de la “filosofía de la sospecha”, marxismo y freudismo, con que debían servirnos para la investigación de las carencias y plenitudes históricas, por las que hemos pasado, afirmación o reconocimiento de nuestro ser, que pareciera estar limitado [...], surge la teoría de que la filosofía puede ser un bloque ideológico, en el sentido de encubridora de la propia realidad que pretende expresar. Con esto murió el circunstancialismo, del que de un modo un tanto ingenuo se había tratado de servir nuestra originalidad, como murió la “filosofía pura” [...] de Francisco Romero. También debía entrar en crisis la “ideología desarrollista” la que comenzaría a ser claramente entendida como una propuesta neocolonizadora de “desarrollo en la dependencia” y, de modo paralelo había de entrar en crisis el “panamericanismo” como doctrina encubridora de las pretendidas bondades del desarrollo, según las pautas de la sociedad industrial avanzada [...], la “doctrina de la dependencia” abrió las puertas para un regreso a la comprensión de la realidad social y nacional como heterogénea y conflictiva, cuya vigencia entre los más lúcidos de nuestros románticos del siglo XIX había sido olvidada.»²⁶

²⁶ Véase al respecto A.A. Roig: *Apuntes para una clase: algunas propuestas metodológicas para la historia de las ideas*, pp. 1-10, Ponencia # 720, Cátedra de Pensamiento Latinoamericano «Enrique José Varona», Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, Cuba.

En concomitancia con lo expuesto por Roig, sus recomendaciones de 1974 tienen como característica especial desde el punto de vista metodológico, colocar las ideas filosóficas en un plano de equiparación con otros campos ideológicos, aun cuando a consideración de algunos autores latinoamericanos, sea la filosofía la que como saber crítico ha conducido a una posición de este tipo. Por ello la primera recomendación está dirigida hacia esta línea de trabajo. En el autor no se encuentran expresadas explícitamente su postura respecto a si es o no la filosofía crítica quien ha conducido a esto. A él le interesa más que solucionar esta disquisición teórica, la imbricación que debe existir entre todas ellas, como un paso necesario en la consolidación de una investigación sólida y científica dentro de la historia de las ideas.

Por lo cual de manera general en las recomendaciones mencionadas, subyacen elementos metodológicos que de manera sistemática combinan tendencias diversas de corrientes teóricas filosóficas, y esto ocurre así precisamente por el hecho de que esta ciencia nace signada por la filosofía, de ahí su imbricación estrecha. Roig reconoce en sus *Apuntes para una clase*, de 1988, el hecho de que la historia de las ideas nació del interés por el pensamiento filosófico de sus cultores y sobre todo de su historia, pero no desde el punto de vista tradicional de la historia de la filosofía clásica, estilo europeo, sino de la historia de las ideas, en el sentido de que los historiadores de las ideas buscaban en América Latina la historia de la función y el valor de la filosofía, o de la idea filosófica, en relación con su inserción social y nacional.²⁷

Como consecuencia, al darse la imbricación de la historia de las ideas y la filosofía, se aprecia en las recomendaciones la utilización de una metodología de corte marxista donde subyace la concepción materialista dialéctica de la historia vista a partir de su vínculo entre los procesos ideales y sus manifestaciones concretas en el plano de lo político y lo ideológico. A su vez se aprecia la utilización de las formas lógicas marxistas en la presentación de las recomendaciones y su expresión a través de conceptos básicos del marxismo como son: conciencia social, procesos históricos, ideología, condicionamiento social, etcétera. Sin embargo, subyace a su vez el idealismo y el subjetivismo de corte historicista, ya que prima en la metodología propuesta la presencia de la supremacía de la idea como fuerza movilizadora y conductora de la realidad; ello implica que la idea es ante todo un saber de tipo regulador al imponer un saber de tipo anticipativo, o lo que es lo mismo, un saber de conjetura, donde la historia como tal no es una transmisión de valores, sino un cierto mandato del cual los herederos hacen uso de él a partir de un imperativo cultural. El uso del pasado es acríptico y el sujeto no logra desarrollar su capacidad de creador-receptor de la historia, ya que no se acerca creativamente a la idea sino que su acercamiento viene predeterminado por el saber anticipativo.

²⁷ Consideraciones semejantes a las expuestas sostiene M. T. Vila Bormey en su Tesis Doctoral, ob. cit., pp. 58-59.

Muy vinculado a ello se presenta la visión del sujeto histórico como un sujeto *a priori* de tipo kantiano, pues el sujeto de la historia se pone a sí mismo y escoge del pasado lo que le conviene o lo que considere necesario para explicar el presente y el futuro partiendo del pasado.²⁸ De ahí la noción de que la historia de las ideas es un saber subjetivo al ser entendida como una historia de la conciencia social, donde la idea juega el papel de transformadora de la realidad. Una vez más la dialéctica de la historia de corte marxista ha sido invertida; aun cuando las intenciones del autor no estén dirigidas en este sentido, la fuerte influencia de otras vertientes en su pensamiento lo conducen a esta posición.

Roig y algunos de los teóricos de historia de las ideas son partidarios a partir de esta metodología del proyecto ideal del sentido de la historia; concebido dicho proyecto al margen de las relaciones de producción, como fenómeno universal, ya que el sentido historicista de las ideas condiciona la separación de la idea de su real contenido; dado en las relaciones de producción y las relaciones de clases. La historia de las ideas a pesar de la búsqueda de lo nacional, de lo latinoamericano, se aparta en este sentido del estudio de la historia real. Justo es reconocer que, a pesar de estas limitaciones, ello no impide a la historia de las ideas a través de su metodología, como toda visión filosófica con la práctica de manera indirecta, y por tanto de modo indirecto, expresar momentos reales de la historia. El historicismo resulta una metodología suficiente para la constitución de las leyes y proyectos que se dan en el contexto ideopolítico de América Latina. Por lógica expresa también su realidad, con independencia de la asunción de tal o cual proyecto, y del análisis clasista y de las relaciones de producción que se haga; trátase de un proyecto indígena, nacionalista, bolivariano, etcétera; pero es innegable que se le imprime a la historia a pesar de su objetivo inicial de búsqueda fáctica y real, un subjetivismo marcado.

El proceso de transformación de la historia de las ideas en una historia ideal de las ideas se completa en la confirmación de una filosofía de la historia de tipo crítica como intenta y lleva a cabo Roig, o dialéctica como lo hace Zea; y ello a veces ocurre de manera ajena a las intenciones de sus autores, ya que en lugar de una historia que tome como punto de partida las transformaciones históricas deseadas, tenemos la dialéctica indefinida del estado de cosas actual, que debe esperar por una labor de concientización que por sí misma no puede producir el cambio, y que continúa en espera de la consumación de los tiempos.

Estas limitaciones conducen a Roig a buscar una praxis discursiva que le permita asumir la relación teoría-práctica, entendida esta última como actividad del pensamiento, por ello la práctica en general, y la praxis de liberación como praxis discursiva, necesita también de un tratamiento metodológico que le permita su imbricación en el estudio de los proyectos políticos de significación continental. En la medida en que el lenguaje deviene mediación de todas las formas de vida real y concretas, que resultan así identificadas con la conciencia, la praxis se convierte en praxis discursiva.

²⁸ A. A. Roig: *La radical historicidad de todo discurso*, ob. cit., p. 13.

A partir de los años 80 Roig desarrolla toda una serie de trabajos con el objetivo de sistematizar desde el punto de vista metodológico el aspecto discursivo dentro de la historia de las ideas. Entre otras ideas expone la necesidad de sistematización en la medida en que «la problemática de análisis del discurso ha venido a renovar la historia de las ideas, que ha producido la utilización de esos métodos un camino que podríamos llamar radical. No se trata de buscar ya los “filosofemas” implícitos o explícitos en los escritos de nuestros pensadores, sino de captar la inserción de tales filosofemas en el marco de una realidad conflictiva y heterogénea como lo es toda realidad social [...] De una historiografía descriptiva de las ideas, se ha pasado a una historiografía “explicativa” si se quiere “genética”.»²⁹

Tal importancia se le confiere a la teoría del discurso partiendo del hecho de que para explicitar a la historia de las ideas no basta con el viejo problema de la objetividad del saber, sino que a él hay que unir también el problema del lenguaje como mediador entre el saber y su objetivación. De ahí que los ajustes de la lingüística dejaran de ser patrimonio exclusivo del análisis de texto y confluyeran en las ciencias diversas del saber; tal es el caso de la sociología del saber, fuente teórica de la actual teoría crítica de las ideologías, dentro de la cual se inserta la teoría general del discurso. La misma tendrá como problemática fundamental la del contenido y producción ideológicos. Así, el sujeto en este sentido deja de ser entendido como un sujeto extraño a un sistema de códigos, en cuanto sujeto emisor y receptor de mensaje y se convierte en un sujeto poseedor de toda una simbología semántica, generadora en última instancia de todo un entramado ideológico del cual era parte actuante.

Las vías fundamentales que propone para el análisis de la teoría del discurso y su imbricación con la forma ideológica, están dadas a partir de: entender el discurso desde el punto de vista de una teoría del lenguaje a partir de las funciones del lenguaje y la concreción del discurso como narración. En ambas vías subyace la necesidad de conectar el lenguaje con lo ideológico; o descubrir dónde justamente se encuentra lo ideológico; pero lo ideológico sólo es encontrado como un fenómeno interno a partir de la presencia de un sujeto real, que cumpla la función de soporte vivificante y re-originante de los sujetos narrativos: Este sujeto no es visto como un ente solamente individual, sino como una comunidad portadora de tal o cual valor ideológico a través de su lenguaje, de su discurso, en la medida en que para una época y una sociedad siempre existe un universo discursivo característico.

Roig propone desde el punto de vista metodológico la búsqueda de la contextualidad de un texto a partir de su desbordamiento, o como él lo llama: momento de regresión metodológica, que no es otra cosa que: «sobre lo que el texto nos dice de su propia contextualidad y sobre aquellos datos extralingüísticos que permitan clarificar esa “contextualidad interna”, podemos reconstruir el sis-

²⁹ A. A. Roig: *Categorías y temporalidad para un filosofar latinoamericano*, ob. cit., pp. 173-174.

tema de “discursos referidos” en sus diversos niveles y ámbitos. El momento de “convergencia discursiva” [...] podríamos concebirlo como aquel en el que intentamos alcanzar un nivel explicativo del sistema epocal de discursos referidos [...] Una praxis que en última instancia es siempre social, imprime por lo demás un desarrollo a lo que podría, más limitadamente llamarse, praxis de lectura».³⁰ Corroborando lo planteado en la teoría del discurso y su imbricación metodológica, no va más allá de la concepción de sujeto actuante a partir de una praxis subjetiva, y por tanto la relación teoría-práctica o praxis continúa dándose en el terreno de las ideas.

Su metodología tanto para el estudio de la historia de las ideas como para la aplicación del discurso al problema central de la historia de las ideas, a saber el ideológico, tiene indiscutibles aportes en los órdenes conceptual, teórico y metodológico propiamente dichos, pues ella ha logrado erigirse en una metodología universal con aportes válidos en el análisis de determinadas figuras, y movimientos históricos de América Latina. Pero en el plano de la teoría continúa lastrada por el subjetivismo, al continuar llevando a cabo la búsqueda y las soluciones a los problemas de la historia de las ideas latinoamericanas.

La gran contradicción de Roig y el movimiento de historia de las ideas está dada en el hecho de que, en el plano de la investigación histórica concreta, han logrado realizar obras monumentales por su valor histórico y teórico en el rescate de lo auténticamente latinoamericano; pero la explicación teórico-filosófica no se corresponde con el rigor científico que se aplica a la historia concreta; a pesar de la utilización dentro de esta metodología de elementos marxistas. Este constituye uno de los paradigmas a los cuales la historia de las ideas, y Roig en específico, no han podido dar una respuesta valedera.

³⁰ *Ibidem*.

